

Las armas y las letras

Rubí Carreño Bolívar
Pontificia Universidad Católica de Chile
rcarrenb@uc.cl

*His helmet now shall make a hive for bees
Su casco ahora será una colmena para las Abejas*

«A Farewell to Arms»
George Peele

Adiós a las armas es el deseo de todos aquellos que han conocido la guerra. Lo dicen así, los “hombres de palabra” como George Peele (1556-1596), autor de este verso, y Ernest Hemingway, quien lo transmitió desde las guerras del siglo xx hasta nuestro tiempo. En la diatriba cervantina sobre las armas y las letras, solo estas últimas pudieron dar una nueva vida a un prisionero que perdió su mano en la batalla equivocada. Solo quienes no han visto un cuerpo, un amor, una cultura mutilada creen que la guerra es un juego de valientes, que morder el polvo es cosa de machos y que la sangre y el fuego, son la única forma de escribir un párrafo en la historia. El que a hierro mata y el que a hierro muere no son los únicos actores presentes en un conflicto bélico. Al medio permanecen los ancianos, los niños y las mujeres, estas últimas criando y cuidando a quienes quedaron como esquilas después de la batalla. El patriarcado imperial agrade en primera instancia a las mujeres y a los niños, a los que considera una posesión de los hombres. Violar, secuestrar y asesinar mujeres son armas certeras que dejan al nombrado enemigo sin las que cocinan, las que cuidan, curan y apoyan cada paso, con sus pasos. Con esto, no solo devastan el corazón del otro, también quiebran su economía. Octavio Paz y César Vallejo nos han mostrado a los latinoamericanos el triunfo inesperado y cierto de la vida en el contexto de múltiples violencias imperiales sucedidas en olas de terror y espanto. Antes y ahora, la rama de olivo y el yelmo de hierro compiten por estar en la cabeza de los seres humanos. Convivimos, quienes vemos en el exterminio de la vida en el planeta nuestro mayor problema, con quienes conciben el exterminio como una solución (final) a los problemas.

El *Make love not war* de los años sesenta norteamericanos tuvo un correlato cosureño en el “Todos juntos” de Los Jaivas, en “El derecho de vivir en paz” de Víctor Jara y en “¿A dónde vas soldado?” de Rolando Alarcón. Los años sesenta intentaron cambiar “el valiente soldado” del Himno Nacional chileno por uno que volvía al seno de lo privado con las mujeres haciendo el amor y no la guerra. Los setenta trajeron con brutalidad la bota militar en alianza con el capital y cortaron no

Adiós a las armas

Despatriarcar América desde la cultura

solo el pelo y la barba de los hippies y los comunistas. Se impuso la masculinidad del “Chicago boy”, un sujeto liberal en lo económico, conservador en lo valórico (Olavarría) que traía a escena los saberes del neoliberalismo al latifundio chileno. De esta alianza entre soldados y capital resultó un sistema que ejerce su poder hasta hoy día en áreas biopolíticas determinantes para la sociedad como son la salud, la educación, el sistema de pensiones y el medioambiente.

El estallido social y movimientos populares de octubre del 2019 fueron iniciados por estudiantes secundarios que se organizaron para evadir masivamente el cobro del metro. Estos cuerpos condenados a pasar sentados, escribiendo y obedeciendo casi toda su infancia y juventud, mostraron libertad y gracia al saltar los torniquetes de la cobranza. Fueron gacelas azules en estampida autoconvocada. La evasión desafiaba un sistema estatal y social centrado en el abuso económico y en el entendimiento del cuerpo como un “recurso” que se puede explotar laboralmente; al que se le piden constantes sacrificios; que debe pagar por derechos como la salud y el cuidado en la vejez; competir por bienes como la educación y al que se reprime desde la infancia. “Mi vida no es tu negocio”, rezaba uno de los carteles en una de las numerosas marchas de octubre 2019. En ese cartel se sintetiza toda la herencia colonial, patriarcal y neoliberal en Chile. La evasión del metro, fue la invitación a saltarse al capital y sus cepos.



Secundarios evadiendo torniquetes.

Fotografía del metro de Santiago durante las jornadas de movilización en octubre 2019.

En los últimos años, han sido, fundamentalmente, mapuches y los, las y les estudiantes chilenos quienes se han opuesto a la mercantilización de los cuerpos. Hay un *continuum* entre la Revolución Pingüina del 2005 y del 2011; Mayo feminista del 2018; las marchas por el asesinato de Camilo Catrillanca en Noviembre del 2018 –que hace por primera vez en la historia de Chile, me parece, de la represión a los mapuche, un tema nacional– y este Octubre del 2019 recién pasado. A este *continuum*

de escolares se sumaron también ancianos, enfermos, cesantes, dueñas de casa y sociedad en su conjunto que elegía como iconos de resistencia cultural a cantantes como Víctor Jara y Jorge González, y que entonaba masivamente “El pueblo Unido” (Ortega), “El derecho de vivir en paz” y “El baile de los que sobran”, verdaderos himnos, expresión de los deseos y motivaciones desde la primera línea hasta la última. También surgieron héroes populares como Nalcaman (hombre cuyo traje estaba formado con nalcas, un vegetal silvestre del sur de Chile), Pareman (guerrero armado con un disco pare), el perro Matapacos, un mestizo negro, sin dueño, vestido elegantemente con pañuelo rojo-capucha, que acompañó a los estudiantes de la USACH durante las protestas estudiantiles de 2011 y que, pese a fallecer en 2017, se convirtió en un importante símbolo en los movimientos de octubre 2019. La revolución es, entonces, feminista, mapuche, animalista y vegetal, y le pone un disco pare a la plata y el plomo como valores sociales hegemónicos.



Secundarios evadiendo torniquetes.

Fotografía del metro de Santiago durante las jornadas de movilización en octubre 2019.

La presencia de fuerzas especiales en colegios de hombres, la persecución y asesinato de jóvenes mapuche, el toque de queda para menores de edad en algunas comunas de Santiago, resultan ser un ataque directo a la infancia y a la juventud masculina que vuelve a actualizar la discusión entre las armas y las letras desde una perspectiva filicídica. Las batallas entre jóvenes policías, jóvenes narcotraficantes y jóvenes de “la primera línea” han generado un marco belicista para las juventudes chilenas. Pero no es solo en la calle donde opera la violencia. En las bibliotecas, y también en nuestro propio cuerpo, existen cientos de tratados sobre la educación como una disciplina de control. La escuela puede ser una jaula segura. La letra va entrando con la sangre congelada, con no asomarse a la ventana cuando llueve, con aprender a no moverse, a no ir al baño, a dudar siempre sobre la propia palabra, a esperar un premio o un castigo, a callarse. El imperio y su lógica guerrera ha visibilizado sus armas de destrucción masiva en los *shooters* o “disparadores”, esos jóvenes

Adiós a las armas

Despatriarcar América desde la cultura

que superan al francotirador, al kamikaze, al sicario y al terrorista tan solo siguiendo las reglas de los video juegos. ¿Qué canciones enseñaremos ahora? ¿Quiénes le darán “una oportunidad a la paz”? ¿Podrá ser la tierra una y para todos, los que migran y los que se quedan?



Reprensión a secundarios

Valparaíso Marzo 2020. Fotografía de Rodrigo Leolo.

El patriarcado escribe en el cuerpo: cepos, bolas y cadenas en las extremidades, cuello y cintura; sellos con fuego en piernas y brazos; corte de tendones y pies para evitar la huida; desmembramientos en la rueda de tortura o con caballos; mutilación de ojos, lengua, nariz, orejas, prepucio, clítoris y testículos; cinturones de castidad, corsets, zapatos o vendas que deforman los pies, maquillajes con plomo; imposición de delgadez o gordura extrema, cirugías que buscan la uniformidad del cuerpo. La escritura del patriarcado es una herida que no busca cicatrizar sino con el nombre de un amo. Su última acción fueron más de 350 jóvenes con sus ojos mutilados –no su visión– producto del impacto de perdigones de Carabineros de Chile.

Despatriarcar y descolonizar no son solo modas académicas, son teorías y prácticas que afectan al cuerpo, a la economía, a las acciones, a los modos de generar cultura, en cuanto influyen directamente en la autopercepción de las distintas subjetividades vinculadas a un territorio. En pocas palabras, podríamos decir que descolonizar en el contexto académico significa pensar, sentir y crear bajo lógicas no guerreras, es decir, generar el conocimiento bajo epistemes colaborativas y centradas en el bienestar común. Despatriarcar, es aceptar la premisa de que hombres y mujeres somos iguales e implica, por lo tanto, renunciar a todo privilegio amparado en la biología promoviendo, al mismo tiempo, equidad, desde los salarios hasta las tuiciones compartidas. Si bien este número especial se refiere, fundamentalmente, a la despatriarcalización de América, aludimos a la descolonización en cuanto son conceptos interrelacionados porque, como expresó Marisol de la Cadena en su ya clásico artículo, las mujeres somos más indias.

Adiós a las armas: despatriarcar América desde la cultura persigue desnaturalizar la violencia patriarcal presente en distintas producciones culturales latinoamericanas a través de dos procedimientos: mostrar los cadáveres femeninos ocultos bajo las páginas aparentemente amantes y amables –es decir, revelar de qué forma la tinta esconde un fondo de sangre– así como también señalar nuevos modelos de masculinidades no patriarcales o que se describen en tensión con lo patriarcal. Nuestro territorio es el de las producciones culturales, teóricas y críticas producidas en un diálogo fructífero entre las universidades del Norte y del Sur. La academia aloja a los inmigrantes premium: profesores visitantes, tesistas, becarios que, en virtud de nuestros estudios, hemos hecho un solo continente por donde transitar. Usamos ese privilegio para ampliar cada frontera con nuestra palabra, cada carta de invitación, cada carta de recomendación abre un forado en el muro y nos permite considerarnos como lo que somos, un solo gran continente que la codicia imperial dividió.



Plaza Bernardo O'Higgins (15 Norte)
Viña del Mar, Octubre 2019. Fotografía de Rodrigo Leolo.

Adiós a las armas: despatriarcar América desde la cultura es producto del proyecto de investigación del Fondo de Desarrollo y Tecnología (FONDECYT), “El músico errante: masculinidades, estéticas y mercados en la música popular y narrativa latinoamericana reciente” (N 1141209), del cual fui autora y cuya co-investigadora fue Catalina Forttes Zalaquett. A este equipo inicial, se sumó como editora la investigadora chileno-mexicana, Ainhoa Vásquez Mejías. Participaron, asimismo, en distintas tareas organizativas Daniela Olguín, Berenice Ramos y Germán Alcalde. En una investigación que cuestiona el patriarcado y sus modos de operación me ha parecido necesario evidenciar las redes en que diversas generaciones de investigadores, de distintas universidades, hemos trabajado en conjunto para reflexionar en torno a las masculinidades hegemónicas globalizadas y su relación con la subjetividad de estas otras masculinidades, la de artistas. A todos quienes participamos

Adiós a las armas

Despatriarcar América desde la cultura

en este texto, nos une la perspectiva feminista, así como la experiencia de trabajar o haber trabajado, tanto en el Norte como en el Sur de América y el interés de colaborar, por sobre cualquier otra motivación.

Este volumen consta de cuatro capítulos que abordan distintas producciones culturales y perspectivas críticas. El primer capítulo, “Dale con el látigo. Música popular y masculinidades”, explora la música popular como una forma de afrontar la emocionalidad masculina no dicha. El segundo capítulo: “El patrón del mal: subjetividades criminales” aborda las masculinidades delictuales en diálogo con distintos formatos literarios, como la novela policial, las series de televisión y el periodismo. El tercer capítulo “Con sangre en el ojo: juventudes y visualidades” analiza el patriarcado desde la visualidad e incorpora las nuevas masculinidades surgidas a partir del movimiento estudiantil chileno. La última parte, “Los hombres sí lloran: masculinidades y vulnerabilidad” incorpora una selección de textos de hombres que expresan su vulnerabilidad como una fuerza sanadora y reparadora. Finalmente, cierra un texto de Catalina Forttes sobre las masculinidades de artistas de los años setenta, los cantantes de la paz y su estela en el siglo XXI.

Terminamos este texto justamente el 24 de diciembre del 2019 sin saber, todavía, el fin de este movimiento social chileno y latinoamericano. Nos asomamos al pesebre de América y vemos que el perrito Matapacos menea feliz su cola, que San José acurruca a Jesús, mientras María duerme y que las pastoras cantan canciones que todes conocen: “ahora que estamos juntas, ahora que sí nos ven, abajo el patriarcado que va a caer, que va a caer”. Y fíjense que el niño no se asusta, más bien parece que le gusta. Se agarra la patita y dice cuando sea grande no negaré a mi madre ni una, ni dos, ni tres veces. Y los pastores le dicen: “hasta que la dignidad se haga costumbre, niño mío”. Le traen de regalo papas araucanas, maqui, quínoa, hojitas de coca libres de todo mal y semillas en las que Monsanto no ha puesto su garra perversa. Se escucha el agua cantando sin temor a la sequía que quiere mojarle los pies a María y darle frescor a la guagua de padre rubio y madre morena. Llegan los Magos y no son narcos, ni empresarios, ni vienen con fuerzas especiales. No se llevan el oro ni las plantas de incienso y de mirra, sino que las reparten. Traen estabilidad, abundancia, vida y la magia de saber que la estrella dice que somos uno y que mañana, el futuro en sus niños y jóvenes, será siempre mejor que el hoy. Decidí dar por terminado este texto hoy día, para dejarlo en el pesebre de cada uno de los autores y autoras que ha expresado en cada letra de sus textos la convicción que otro mundo es posible. Si no creyéramos esto, no nos gastaríamos escribiendo. En virtud de la amistad que une a todes los que participamos y la de los lectores y lectoras que han elegido estas páginas, tengo fe en que quizás prontamente podamos decir, juntos, adiós a las armas. Las editoras dedicamos estas páginas a los jóvenes y niños que nos son cercanos: Simón, Lautaro, Teodoro y Emiliano, hombres de paz.

Obras citadas

- De la Cadena, Marisol. Las mujeres son más indias. Las mujeres son más indias: Etnicidad y género en una comunidad del Cuzco. *Revista Isis Internacional*, Ediciones de las Mujeres No. 16. Santiago de Chile, 1992.
- Guerrero, Javier. “Con tinta sangre en el corazón”. *Adios a las armas. Despatriarcar américa desde la cultura*. Taller de Letras- Tintas, Santiago 2020.
- Montealegre, Jorge. “Graciosos”, pág de Facebook consultado 11 de agosto 2020.
- Olavarría, José. “Globalización, género y masculinidades”, *Nueva Sociedad*, no. 218, 2008.
- Peele, George. “A Farewell to Arms”. William Stanley Braithwaite, ed. *The Book of Elizabethan Verse*. 1907.